



NÚMERO IV.

1.º DE ABRIL DE 1851.

globo; cada uno de ellos en efecto ha hecho una revolucion completa en las costumbres y en las ideas. El principio del siglo coincidía con el principio de la existencia del genio destinado á poner al abrigo de la destruccion del tiempo las conquistas hechas por el hombre en el terreno de las ciencias y las artes: Juan Genfleis de Gutemberg nació en 1400, como saben los lectores de LA AURORA. Mientras descubria la imprenta para llevar la civilizacion hasta los límites del mundo, abria por primera vez sus ojos á la luz, por un designio inescrutable de la Providencia, el que debia ensanchar estos límites con el descubrimiento de las Américas. Cristobal Colon nació en Génova poco antes de la mitad del siglo.

Tocaba por aquellos años el comercio de Oriente al mas alto grado de esplendor: el camino de la fuente de las riquezas y opulencia era el Mediterráneo, cuyas aguas se estremecian bajo la soberbia presion de flotas infinitas que iban en busca de las ricas producciones de Levante: los europeos recorrian de continuo el istmo de Suez, el mar Rojo, el Egipto y las costas de la India. Génova y Venecia, ciudades ambas de escasa importancia en nuestros dias, encerraban entonces dentro de sus muros grandes y ricos depósitos de los productos de Oriente y el Sudeste; á todas horas se oia el ruido del oro en las dos ciudades, y abrigábanse constantemente en sus puertos innumerables buques.

Era una hermosa mañana de verano del año 1456: estaba el cielo puro y sereno; la naturaleza risueña y en el mayor esplendor: el mar parecia olvidarse de su indomable fiereza, pues rodaban las olas con apacible calma hasta lamer las pedregosas costas de Génova.

Lejos del bullicio de esta ciudad veíanse dos hombres contemplando absortos la vasta estension de las aguas. Uno de ellos aparentaba la edad en que empiezan á declinar las fuerzas; el otro era jóven, de rubios y enortijados cabellos, de fogosos y brillantes ojos, que revelaban el genio inquieto y emprendedor de que estaba animado. Los ademanes de éste, la agitacion con que hacia ondular en el aire una barita que llevaba en la mano, contrastaba notablemente con la inmovilidad del anciano, que era su padre.

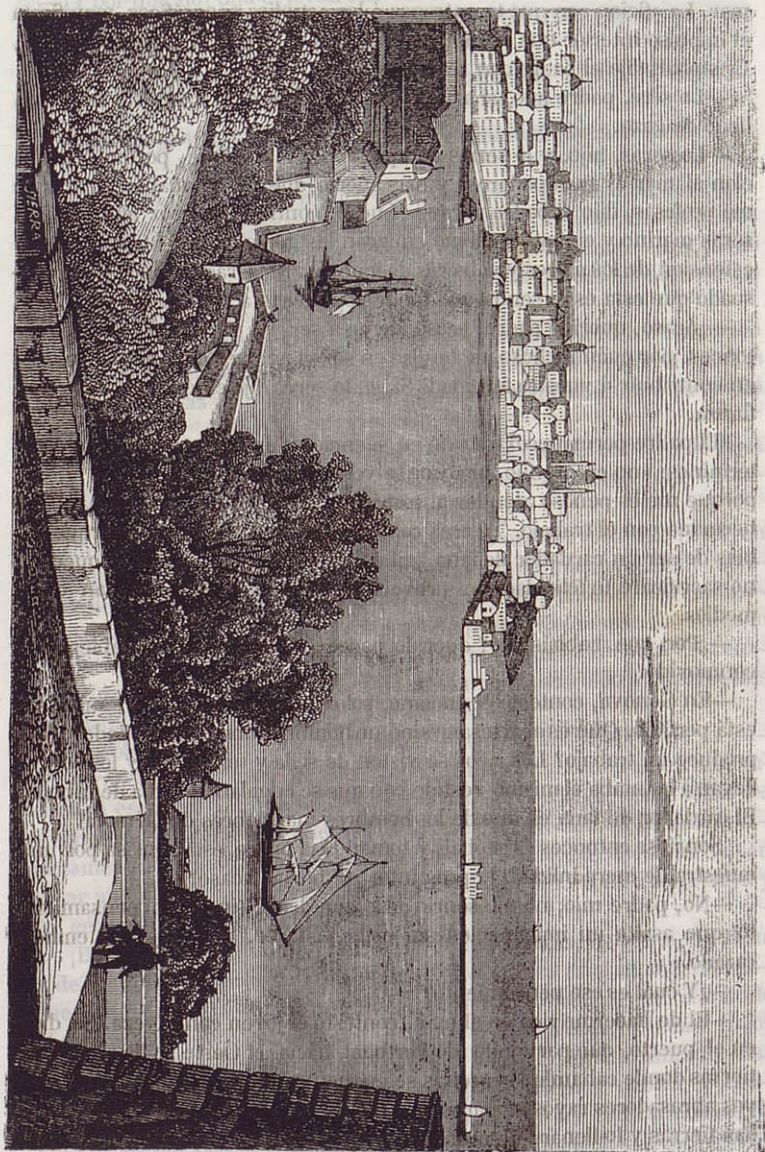
Permanecian en profundo silencio, hasta que interrumpiéndolo el anciano, dijo en tono de convencimiento y decision. «Sí; por todas partes se va á Roma. ¿Qué te parece, Cristóbal, de la carrera á que voy á dedicarte?

—¿Cuál? replicó el jóven con viva ansiedad.

—¿No lo adivinas?

—No, padre mio, dijo el jóven con impaciencia y respeto á la vez, haciendo un movimiento involuntario y arrojando inadvertidamente la barita que todavía conservaba en la mano.

—Te veo á todas horas en el puerto; oyes con placer el ruido de las olas á que te has familiarizado; eres nadador diestro; divisas los buques



GÉNOVA

á larga distancia y eres el primero que sales á recibirlos; oyes con admiración las relaciones de los marinos: todo esto descubre tu inclinación al mar. La afición con que te entregas á los estudios geográficos, manifiesta el impulso interior que te induce á recorrer el mundo..... Serás marino, Cristóbal, dijo el padre con resolución.

—Lo seré, padre mío, si así es vuestra voluntad, contestó el joven lleno de gozo.

—Lo serás, hijo, y lo serás aunque yo no lo quisiese, porque tu afición al mar es mas poderosa y mas fuerte que el intrañable amor que me profesas, dijo el padre para sí. Luego continuó en voz alta: Sí, sí, serás marino y emigrarás como emigran las golondrinas, atravesarás la extensión de los mares y volverás despues.... Sí, serás marino, y me persuado que esta es la senda que ha de conducirte á la fortuna.

—¡Acaso, querido padre! acaso llegue á ser yo un hombre rico; y entonces ¡por cuán dichoso me tendré en ser el amparo de vuestra vejez y en contribuir á vuestra felicidad! Sí, sí, lo seré! dijo el joven lleno de confianza.

El padre permaneció un rato en silencio y luego se espresó en estos términos: «no creas, hijo mío, que te veré alejarte de mi lado con gusto, porque me es penoso atender al sosten y educación de tus hermanos y hermana con el trabajo. Tú eres robusto y podrias ayudarme, porque habias de ser un cardador de lana ágil é inteligente. Pero no, no, querido, no sacrificaré tu felicidad en provecho mío; todavía me quedan otros medios.

—¿Por qué hablais así? querido padre, dijo Cristóbal notablemente conmovido.

—En Génova, contestó el anciano, solo vive el comerciante; mi oficio está perdido. Qué es el artesano sinó un hombre pobre y necesitado? ¿Qué produce mi trabajo? Los ricos se visten de seda y terciopelo, y los pobres llevan á la tumba el mismo vestido con que se engalanan el día de la boda. El cardador de lana es uno de los hombres mas pobres de Génova!

Sonrióse entonces Cristóbal, y tomando el padre esta sonrisa por una muestra de incredulidad, le preguntó: ¿te burlas acaso?

—No, padre mío; no me sonrio de lo que decís, sino de un pensamiento que asalta mi imaginación en este instante, dijo el joven embarazado.

—¿Y cuál es ese pensamiento?

—El de hacerme rico en el mar, contestó el joven con viveza. Se dice en el puerto, que partiendo de Portugal hácia el Oeste se llega á unas tierras donde cabando las arenas se encuentra oro fundido por el sol, cuyos abrasadores rayos se parecen al fuego. Buscaré un barco, iré á aquellas tierras y lo llenaré de oro. A la vuelta seré tan rico como el comerciante mas poderoso de Génova, tan rico como el Dogo!

—Gran pensamiento, dijo el padre, si fuese practicable. Mas no tengo fé en esas relaciones que tambien han llegado á mis oídos.

—¿Y por qué no? dijo el jóven con vehemencia. Si la India produce oro y piedras preciosas, ¿por qué no han de hallarse tan ricos objetos en otras tierras?

—Se hallarán, replicó el padre, pero es imposible hacer el viaje..... Sí, sí, imposible.

—Pues no lo hicieron los sarracenos? exclamó el jóven lleno de confianza.

—Santiguóse el padre y replicó en tono grave: ¿No sabes, hijo, que los sarracenos son paganos y están acostumbrados á sufrir los ardorosos rayos del sol, porque han de arder por toda una eternidad en el fuego del infierno? No pienses mas en semejante idea, pues el hombre no debe investigar la que plugo á Dios ocultarle».

Hizo asimismo Cristóbal la señal de la cruz con piadosa resignacion porque era sinceramente religioso; y no atreviéndose á objetar á aquellas razones apoyadas al parecer en la fé, desechó completamente su sueño dorado.

Permanecieron en silencio largo rato, hasta que divisando á lo lejos las blancas velas de un buque que se encaminaba al puerto, dijo el anciano:

«Serás marino, pero no un aventurero, no uno de esos que recorren el mundo pensando de continuo en el oro; sino un marino justo y sencillo que desempeña honradamente su oficio y se contenta con una ganancia corta pero segura. No eres acaso el primer Colon que ha surcado los mares, añadió el padre con arrogancia. El nombre de Colon es conocido quizá entre los navegantes y no suena mal á sus oídos. Acaso estés destinado por la Providencia á mayores cosas.»

Cristóbal escuchaba con admiracion y respeto las palabras de su padre y repetía en su interior: capitán de un buque!.... almirante!.... mandar una escuadra!.... qué bellas esperanzas!.... Cristóbal, como todos los jóvenes, no pensaba mas que en la gloria, en la felicidad, olvidando completamente los penosos trabajos, los peligros, los largos años que debían pasar antes de que llegase á conseguir su objeto, que por fortuna suya y del género humano logró alcanzar.

¡Dichosa edad de la juventud, edad de esperanzas, de gloria, de dicha y de ventura! Cuántos de los lectores de *La Aurora* estarán soñando noche y dia, arrebatados por una noble ambicion, en ocupar en el mundo el puesto distinguido reservado al saber ó á la honradez, y cuán pocos se pararán á reflexionar en los medios de llegar á él dignamente! Esa ambicion, esas ilusiones seductoras son pensamientos nobles, pensamientos que nos animan y sostienen en medio de las contrariedades de la vida. No los desecheis, queridos niños; pero sugetadlos al criterio de

la razon, y no olvideis nunca que para llegar al fin es necesario los medios. El trabajo, la aplicacion, el estudio, la honradez, las prácticas religiosas que os proporcionarán ese auxilio sobrenatural que en todos los momentos necesita el hombre, es el camino que conduce al término brillante que os pinta vuestra fogosa imaginacion. ¡Cuántas vigiliass, cuántos sinsabores, cuántos disgustos, cuántos peligros, hasta de perder la vida, han pasado esos hombres que son la admiracion del universo, antes de llegar al templo de la gloria! Gutemberg os la habrá enseñado ya. Ved ahora al héroe de esta historia, pobre, despreciado..... mas no adelantemos la narracion de los hechos.

Mientras Cristóbal entusiasmado repasaba en su imaginacion dias futuros de gloria, le interrumpió el anciano diciendo: «vamos al puerto.»

Atavesando silenciosos por en medio de la multitud de gentes que se entretenian en alegre y ruidosa algazara, se hallaron pronto frente á un barco amarrado en el puerto. Dirigíase hácia él con pasos vacilantes un hombre entrado en edad, de semblante moreno y surcado de arrugas, pero de fuerte musculatura. Llamáronle, mas siguió su camino sin con-
testar. Al fin le alcanzaron, y asiéndole de sus toscos vestidos le detuvo el padre de Cristóbal y le dirigió la palabra.

El jóven, inmóvil á cierta distancia, no apartaba sus ojos del marino. Examinaba con cierta admiracion mezclada de temor aquella fisonomía endurecida por el tiempo y el trabajo, aquellos ademanes bruscos y aquella mirada fogosa y fascinadora que le hacia bajar los ojos involuntariamente cuando se dirigia hácia él por casualidad. Al cabo de breves instantes vió separarse á los dos interlocutores, y llegaron á sus oidos las palabras siguientes pronunciadas con dureza: «enviad pronto al muchacho; dentro de una hora nos hacemos á la vela.»

Diciendo esto, el marino saltó al barco donde esperaba sus órdenes la tripulacion. Cristóbal estaba extasiado é inmóvil, hasta que de pronto le cogió del brazo el anciano y se encaminaron ambos á la ciudad.

Pocos minutos mas tarde estaban otra vez en el puerto los dos hombres esperando la hora de embarcarse el jóven, quien llevaba debajo del brazo un lío con varios objetos. Miraba este con angustiado dolor y con los ojos arrasados de lágrimas á su querido padre que permanecia mudo y agitado, hasta que á la hora convenida apareció el buque. Estrechó entonces el anciano á su hijo contra su corazon y le dirigió pocas palabras, pero palabras que salian del alma. Embarcado Cristóbal, confundióse en un momento el buque entre la multitud que estaban anclados en el puerto.

Entonces encaminóse el anciano al mismo lugar donde le hemos visto antes con su hijo contemplando la vasta estension de las aguas. Fijos sus ojos en un buque que caminaba á toda vela, no los separó un instante hasta que apareciendo el bajel como un punto casi imperceptible en

el espacio, llegó á perderse completamente de vista. Triste y meditabundo volvióse en seguida á la ciudad.

Este anciano, llamado Domingo Colon, alquiló despues estramuros de Génova, en la puerta de San Andrés, una tienda propiedad de los Beneditinos de San Esteban; pero á los ocho años de haberse embarcado su hijo, el mal estado del oficio le obligó á abandonar la ciudad acompañado de su esposa Susana Fontanarosa y de sus hijos Bartolomé, Diego y Maria. Desde entonces nada mas hemos sabido de este anciano.

DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO CONTINENTE.

Habian transcurrido 31 años desde que hemos visto embarcarse á Cristóbal. Era el viernes 3 de agosto de 1492 de madrugada. Aparecian anclados tres bajeles en el puerto de Palos de Moguer, pueblo situado á corta distancia de Huelva. Todo era allí desolacion y llanto. Las madres abrazaban á sus hijos bañándolos en lágrimas, los esposos no podian desprenderse de los brazos de sus esposas; y cuantos se dirigian á los bajeles, hasta los navegantes que hacian alarde de despreciar la vida, avanzaban tímidos, recelosos y angustiados al oir el llanto, afliccion y lamentos con que los habitantes del pueblo les daban el último adios, despidiéndose de ellos hasta la eternidad.

En medio del pavor y espanto que oprimia á la multitud, solo un hombre, á quien acompañaba un religioso, parecia estar sereno y tranquilo, y en verdad que su corazon rebosaba de gozo y alegría. Era un hombre de edad madura, buena traza, mediana corpulencia, rostro ovalado, nariz aguileña, ojos brillantes y color sonrosado. Nuestros lectores le han conocido en su juventud con el nombre de Cristóbal: ahora se le designaba mas comunmente con el de Colon. La blanca cabellera de sus tiernos años aparecia blanca como la nieve, y su hermoso rostro surcado de arrugas y endurecido por la fatiga; pero conservaba el fuego de sus ojos y la robustez y fuerza de sus músculos, y habia adquirido una fortaleza de ánimo invencible.

Feliz Colon en sus primeros viajes, estuvo luego á pique de perder la vida en medio de una horrorosa tempestad, de que solo pudo salvar el valor y la esperanza. Atraído despues á Portugal por las empresas marítimas de aquel reino, las noticias que allí adquirió hicieron renacer en su ánimo la idea que habia ahogado en su origen una piedad mal entendida. Desde entonces, su único, fijo y constante pensamiento era buscar un camino á la India por occidente.

Recorre varias cortes mendigando auxilios para llevar á cabo su idea.

dominante, ofreciendo en cambio un Nuevo Mundo, y en todas partes se le oye con befa y escarnio. Llega á España pobre y á pié, viéndose obligado á implorar la caridad del portero del convento de Rivadavia, en la provincia de Huelva, para satisfacer el hambre y mitigar la sed de su hijo Diego. Nada le abate ni desanima: los trabajos, las privaciones, la miseria, el ridículo y desprecio, los injuriosos epítetos de loco, visionario, vagamundo y hasta hereje, no son parte á hacerle desistir de su empresa: cuanto mayores obstáculos encuentra, mas se excita su deseo. ¡Tal es el carácter distintivo de los grandes génios!

Poco favorables eran los tiempos en que llegó á España para que secundase el gobierno proyectos tan colosales como aventurados: la guerra ocupaba la atencion general y consumia los tesoros de la nacion y aun los particulares de la corona. Però tomada Granada y expulsados por fin de España los sectarios de Mahoma, prestaron su ayuda á Colon los Reyes Católicos, á pesar del dictámen de las juntas celebradas por los sábios en Salamanca y Córdoba.

El guardian de Rivadavia, Fray Juan Perez, que conoció á Colon y descubrió su génio al verle mendigando á las puertas del convento, le sirvió grandemente con su influjo. Martin Alonso Pinzon, arriesgado navegante, no contribuyó menos al éxito de tan vastos planes, incitando con su ejemplo á embarcarse á los que se resistian desesperadamente á ejecutarlo á pesar de las severas y hasta arbitrarias órdenes de los reyes. Al fin vemos la expedicion haciéndose á bordo en el puerto de Palos, como hemos dicho antes. De los tres bajeles ó carabelas de que hemos hablado, solo uno tenia cubierta: llamábase Santa Maria y lo mandaba Colon. Los otros dos, denominados la Pinta y la Niña, estaban á las órdenes de dos hermanos; el primero, de Martin Alonso Pinzon, y el segundo, de Vicente Yañez Pinzon.

Hechos los preparativos convenientes, Colon, que no olvidaba nunca los deberes del cristiano, tanto en medio de los peligros como rodeado de fausto y esplendor, recibió piadosamente la sagrada comunión, ejemplo que imitaron todos los navegantes; y despidiéndose del guardian de Rivadavia que no le abandonó un momento, y de los habitantes de Palos, tristes y desconsolados, hízose á la vela media hora antes del sol del mismo dia 3 de agosto de 1492.

El gozo de Colon era inexplicable, mas los conflictos que le esperaban antes de llegar al fin de sus deseos habian de poner á prueba su fe, su constancia y su valor. Tocó la flota en Canarias, donde se detuvo algun tiempo para reparar las averías de los bajeles, especialmente de la Pinta que habia perdido el timon. Salió de la Gomera el 6 de setiembre de madrugada, y al perderse en el horizonte la última sombra de la tierra, cayó aquella gente en el mayor abatamiento y consternacion. En vano se esforzaba su gefe en animarlos: llenábanse de regocijo al descu-

brir alguna señal que anunciase la proximidad del fin de su viaje, pero al desvanecerse se llenaban de pavor y espanto, y prorumpían en denuestos é injurias contra Colon. Varias veces habian intentado obligarle á retroceder, pero su calma y autoridad imponente les sellaba los lábios.

Un día, el descontento habia llegado á su colmo: cuando mas seguras eran las señales de tierra, nadie confiaba en aquellas apariencias que tantas veces los habian engañado. Formaban corrillos los navegantes y murmuraban contra Colon. En el rincon de un buque las voces eran mas animadas que en los demas puntos.

—¡Somos perdidos, decia uno con espanto, si escuchamos por mas tiempo á ese hombre loco y visionario! ¿Quién puede obligarnos á sumergirnos en el abismo?

—A España, á España, repitieron otros á un tiempo. Si damos un paso mas, ya no será tiempo; abandonemos á ese temerario que nos lleva á la perdicion. ¿Cómo retroceder con tan débiles buques si alargamos mas la distancia que nos separa del continente? ¿Qué será de nosotros si llegan á faltar las provisiones?

—No arriesgaria Colon su vida á no tener confianza en la empresa, se atrevió á replicar con timidez uno de los mas decididos; pero fue ahogada su voz por fuertes murmullos, entre los cuales sobresalian estas palabras:

—¿Qué importa á Colon una vida llena de privaciones y miserias! ¿Tiene acaso patria ni hogar? ¿Qué aventura en la empresa? Desesperado de vivir, busca la muerte como un remedio á sus males, ó la gloria y la riquezas á nuestra costa. ¿Y seremos mas locos y temerarios que él para seguirle por esta senda?

—A España, á España, gritó de nuevo la turba.

—¿Y quién sería tan cobarde que lo propusiere á Colon? ¿Quién responde que consentiría este en retroceder? dijo indignado el que primero se atrevió á oponerse á los designios de la multitud.

—¡Cobardía! replicó uno de los gefes del complot. ¡Llamais á esto cobardía! ¿Pues no hemos surcado mares sin limites abanzando hasta donde no ha osado avanzar alma humana? ¿No tenemos pruebas bastantes de que no existe la tierra que buscamos, sino en la enferma imaginación de ese hombre perdido? Pero decís: ¿Y cómo se le obliga á retroceder? ¿Cómo? ¿No pasa por un loco que sueña en desvarios? ¿No se dará asenso á cuantas estravagancias le atribuyamos? Arrojámosle pues al mar y diremos que se ha caído contemplando las estrellas.»

Al oir estas últimas palabras oyóse un grito unánime de reprobacion, y hasta los mas cobardes y afligidos separáronse indignados, prefiriendo sumergirse en el fondo de las aguas á cometer semejante crimen.

Colon, que lo sabia todo, aparentaba serenidad y calma, y picando el amor propio de unos y la avaricia de otros, dando esplicaciones á los que

podían comprenderle y amenazando á los mas discolos, se esforzaba en contener á aquella chusma, ocultándole al mismo tiempo la verdadera distancia á que se hallaban de su querida patria. Pero eran tantas las ilusiones defraudadas, que al fin se empeñaron los marineros en retroceder. La situación de Colon era crítica y no tuvo mas arbitrio que hacer uso de su autoridad. Hubiera sido sin embargo ineficaz á no ser evidentes las señales de tierra el día inmediato.

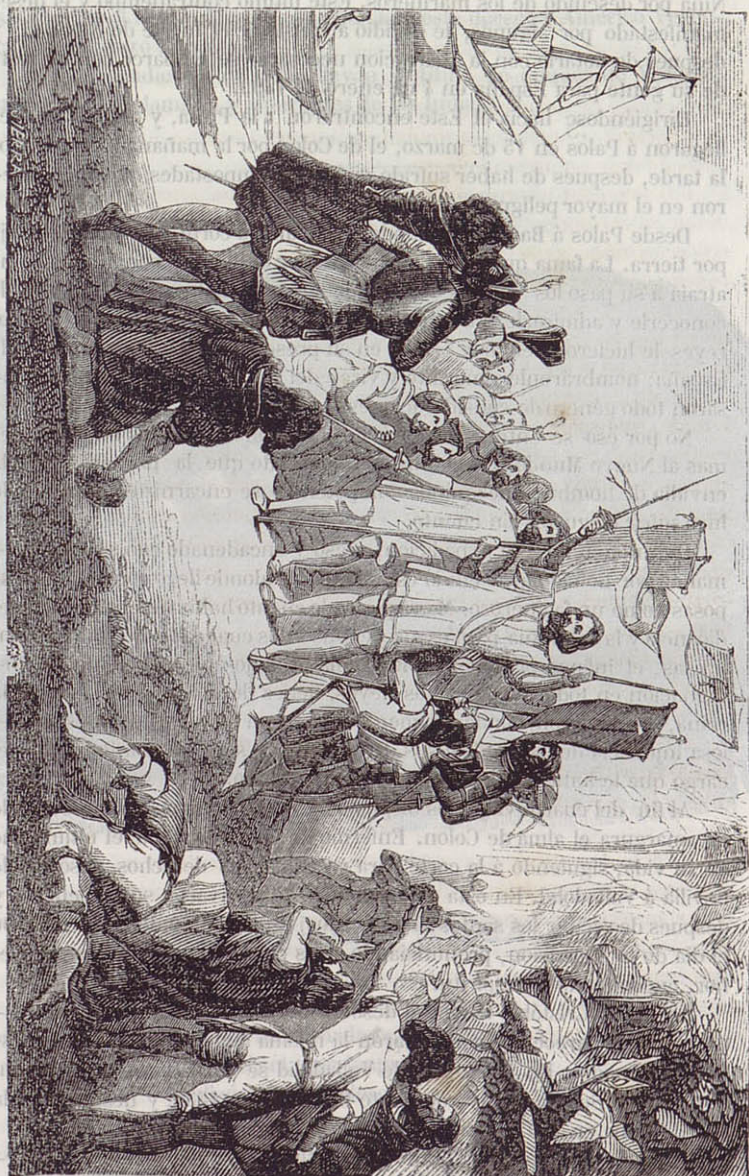
Revoloteaban alrededor de los buques pintadas avecillas de las que viven en el campo; veíanse atunes, peces que viven en las costas; flotaban sobre las aguas yerbas verdes y frescas que parecían recién cortadas; por todas partes signos infalibles de hallarse próximos al término deseado. Una luz que descubre Colon á lo lejos en la noche del 11 al 12 de octubre asegura sus esperanzas, y un cañonazo de la Pinta da el aviso de TIERRA á las dos de la madrugada.

La algazara y regocijo de la tripulación en aquel instante era tan grande, que solo podía compararse con el espanto y pavor de que antes estaba dominada. Apenas empezaban á brillar los primeros rayos de la aurora, esperada con ansia por aquella gente, cuando aparece á su vista una isla cubierta de magestuosas y variadas arboledas, plantas gigantes cas matizadas de las mas bellas flores, y multitud de habitantes desnudos que saliendo de entre las malezas corrian á la costa á contemplar con asombro aquellos buques y aquellos hombres tan diferentes de cuanto hasta entonces habían visto.

Tomadas las precauciones convenientes, saltó Colon en tierra acompañado de su gente principal. Arrodiándose y besando el suelo dió gracias al Omnipotente, y desenvainando luego la espada y tremolando el pendon real, se posesionó de la isla en nombre de los Reyes Católicos con la mayor pompa y solemnidad. Se hizo jurar luego como almirante y vi-
rey, y dió el nombre de San Salvador á la isla.

Era esta una de las Lucayas ó de Bahama á que llamaban Guanahini los naturales, nombre con que tambien suele designarse en el día. La suavidad y pureza del aire que allí se respira, la frondosidad y belleza de las plantas, los pájaros de lustroso y brillante plumaje, la multitud de resplandecientes insectos, todo era objeto de placer y encanto para los españoles. Los habitantes eran de carácter sencillo y cordial, y aunque huyeron al pronto, no tardaron en entrar en relaciones con los extran-
jeros, Colon los llamó indios, creyendo que había llegado en realidad á la India, error en que murió.

Desde esta isla pasó la flotilla á Santa María, de la Concepcion, Fernandina, Isabela, Cuba, Las Tortugas y por último á Haití, ó Santo Domingo, á que llamaban los naturales Bohio, y á la cual Colon, siguiendo la costumbre de dar nombre á las que descubria, la denominó La Española. Cerca de esta isla desertó la Pinta y en las mismas costas naufragó la



Toma de posesion de Guanahini en nombre de los Reyes Catolicos.

Niña por descuido de los marineros. Este último contratiempo y el deseo manifestado por algunos, le decidió á construir el fuerte de Navidad, y despues de dotarlo con la guarnicion necesaria se embarcó con el resto de su gente para España en 4 de enero de 1493.

Dirigiéndose hácia el Este encontraron á la Pinta, y ambos buques llegaron á Palos en 15 de marzo, el de Colon por la mañana y la Pinta por la tarde, despues de haber sufrido violentas tempestades que los pusieron en el mayor peligro.

Desde Palos á Barcelona, donde se hallaba la corte, hizo Colon el viaje por tierra. La fama que habia hecho circular su llegada por todo el reino atraia á su paso los vecinos de los pueblos inmediatos con el deseo de conocerle y admirarle. La corte le recibió con la mayor ostentacion. Los reyes le hicieron sentar y cubrir en su presencia como á los grandes de España; nombráronle almirante y virey del Nuevo Mundo, y le dispensaron todo género de consideraciones.

No por eso se entregó Colon á la ociosidad: hizo tres expediciones mas al Nuevo Mundo con el mismo buen éxito que la primera; pero la envidia de hombres mezquinos é impotentes se encarnizó contra él y le hizo sufrir disgustos sin cuento.

Durante su tercera expedicion, preso y encadenado con sus dos hermanos por Bobadilla, lo envió este á España adonde llegó con grillos y esposas como un facineroso. Mas á pesar de cuanto habia inventado la maledicencia y la calumnia para oscurecer sus altas cualidades y gloriosas empresas, el infame proceder de Bobadilla produjo un sentimiento de indignacion en todo el reino. Los Reyes, llenos de dolor, especialmente la reina, le recibieron bondadosamente y trataron de reparar tan escandalosa injusticia devolviéndole sus dignidades, y separando á Bobadilla del cargo que le habian confiado en el Nuevo Mundo.

Al fin del cuarto viaje, los disgustos y contratiempos habian colmado de amargura el alma de Colon. Enfermo de cuerpo y alma el último año de su vida, siguiendo á la corte para reclamar sus derechos, pasó desde Sevilla á Valladolid. En esta última ciudad se agravaron sus dolencias y despues de recibir los santos sacramentos, espiró en 20 de mayo de 1506 el dia de la Ascension, pronunciando estas palabras: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.»

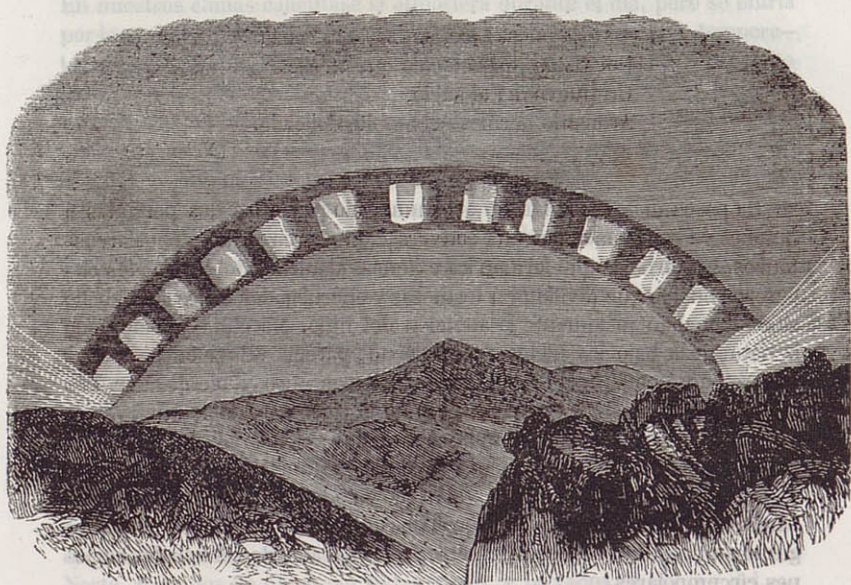
Así murió Cristóbal Colon, el descubridor del Nuevo Mundo. Sus restos mortales parece que conservaron la misma agitacion que cuando estaban animados. En efecto, desde Valladolid se trasladaron á Sevilla en 1513; desde Sevilla á la isla de Santo Domingo en 1536, y desde esta isla á la de Cuba en 1793, donde descansan en la catedral de la Habana.

Este grande hombre no obtuvo durante su vida una recompensa digna de sus extraordinarios servicios; ni siquiera tuvo la satisfaccion de dar

su nombre al Nuevo Mundo, usurpándole este derecho Américo Vesputio, aventurero florentino.

Los descendientes de Colón llevan el título de duques de Veragua, marqueses de Jamaica y almirantes de las Indias.

C.



LA AURORA BOREAL.

¿Viste no ha nada la brillante llama

Morir del sol, que lánguido su carro

Deslizó al mar undoso?

Helo, pues torna su esplendor glorioso.

Esas ardientes flechas, esa hoguera

Viva, agitada, que en su lumbré inflama

Del aire el gran vacío,

Rompiendo de la niebla el cerco umbrío:

Tantos grupos y piélagos de fuego
 Que hirviendo bullen; la riqueza suma
 De matices y albores,
 Que del iris apocan los primores,
 Son otra nueva aurora que del polo
 Corriendo boreal, con sus reflejos
 El horizonte dora,
 Cual la que al día en su nacer colora.

.
 Goza pues, Lice, sin zozobra, goza
 Del vistoso espectáculo que ofrece
 Un nuevo día al suelo,
 Ardiendo hermoso el ámbito del cielo.

(Melendez.)

Ha pocos días recorrían su acostumbrado paseo las dos personas á quienes ya conocemos por una conversacion acerca de los globos areos-táticos. Los árboles que forman las extensas alamedas del *Retiro*, los espesos arbustos que dividen en tortuosas y encrucijadas calles aquel bello sitio, llamaban justamente la atencion del niño. Marchita y aletargada la naturaleza bajo los hielos del invierno, parecia volver en sí apenas empezaban á bañarla los rayos de un sol mas puro y bienhechor. Los árboles y plantas, sacudiendo el peso de la rigorosa estacion, elevaban sus vástagos en una atmósfera menos densa; el color de los tallos, lo abultado de las yemas próximas á reventar, anunciaban el movimiento de la sávia, la animacion y la vida. Dió esto lugar á la explicacion del benéfico influjo de la luz y el calor en los animales y las plantas, y de pregunta en pregunta llegóse insensiblemente á tratar de las heladas regiones circumpolares.

—Por lo comun, decia el padre, no se conocen sino dos estaciones en las tierras mas avanzadas del hemisferio septentrional: el invierno, largo y riguroso, y el verano, de un calor á veces insoportable.

—Distinta idea tenia yo formada de aquellos países, replicó el niño. Comprendo bien el rigoroso frio que debe experimentarse en aquellos climas; mas no sé á qué atribuir el escesivo calor en unas tierras donde llegan los rayos solares con grande oblicuidad.

—Fácil es de comprender si recuerdas lo que ya sabes, contestó el padre. Cerca de los polos no se cuentan los días por horas sino por meses, y en los mismos polos no hay mas que un día y una noche en todo el año, pues que aparece el sol seis meses seguidos sobre el horizonte para ocultarse despues por igual tiempo. La noche es la estacion del invierno, y el día, la del verano.

La ausencia total del sol durante meses enteros priva á las regiones

polares del calor que difunden sus rayos. Entonces el frío es intenso, insostenible en las extremidades de la zona glacial: la tierra se halla helada hasta una grande profundidad; se hiela el agua y el aguardiente dentro de las mismas habitaciones, y hasta las lágrimas que se desprenden de los ojos. En el verano ó durante el día sucede todo lo contrario. Aunque el calor producido por los rayos solares sea tanto mas débil cuanto mayor sea la oblicuidad de su direccion, la presencia continua del sol por meses enteros aumenta la temperatura de una manera extraordinaria. En nuestros climas caliéntase la atmósfera durante el día, pero se enfria por la noche: y esta alternativa de elevacion y disminucion de temperatura en el término de 24 horas, impide que llegue el calor á muy alto grado. En las regiones próximas á los polos, la continuidad de la accion del sol, por débil que esta sea, va caldeando gradualmente la atmósfera hasta un punto insufrible. Acumúlase el calor de día en día, de hora en hora, y por fin produce efectos que no experimentamos nunca en nuestro clima, y que solo se conocen en la zona tórrida.

Los días de meses son monotonos y cansados. El calor que se experimenta fatiga y disgusta, pero en cambio acelera los progresos de la vegetacion de una manera prodigiosa. A los tres ó cuatro días de sol derriétese la nieve, crecen las plantas, ábrense las flores y en muy poco tiempo se recogen los frutos que han de servir para el alimento del hombre y de los animales. Ya ves cómo la accion del sol, perenne y constante por algun tiempo en las regiones glaciales, produce efectos idénticos á los que se experimentan en los países intertropicales, á causa de la poca oblicuidad con que hieren aquellas tierras.

—A la verdad, dijo el niño, que es fácil de entender la explicacion que acaba V. de hacerme. ¡Pero cuán triste será vivir en las tinieblas de la noche polar! ¡Qué desgraciada será la suerte de los habitantes del Norte, rodeados de nieve por todas partes, y privados de la luz y del calor del sol por meses enteros!

—No tanto como á primera vista parece, contestó el padre. La sabiduría y bondad infinita del Criador de todas las cosas lo ha ordenado todo de una manera tan prodigiosa, que cuanto mas lo examinamos, tanto mayor es nuestra admiracion. En todo cuanto existe y sucede en el universo, hasta en las cosas mas insignificantes, se descubre la mano de una sabiduría infinita y una providencia sin límites que nos recuerda el deber de amar y alabar al Supremo Autor de tantas maravillas.

No creas que desde el momento que desaparece el sol hasta que vuelve á brillar sobre el horizonte, se cubre la naturaleza de profundas tinieblas. La suave luz del crepúsculo que sigue y precede al sol, se prolonga por bastante tiempo é ilumina la naturaleza; la luna, que aparece en todo su esplendor, y cuyos rayos atraviesan aquella atmósfera pura y en calma, disipa la oscuridad; y en fin, el resplandor de las auroras borea-

les, reflejado por la nieve, difunde por todas partes una claridad benéfica y provechosa.

—Pero las auroras boreales, le interrumpió el niño, no pueden ser muy agradables á los habitantes de los polos.

—¿Y por qué no? dijo el padre.

—Porque se tienen por indicios seguros de acontecimientos funestos. Recuerdo perfectamente que á la aparición de una aurora boreal hace pocos años la contemplaba con espanto el vulgo.

—Has dicho muy bien: el vulgo. Nada hay tan supersticioso como la ignorancia; nada hay que se deje seducir mas fácilmente por engañosas y erróneas apariencias. El ignorante deja pasar desapercibidos sorprendentes y admirables fenómenos, cuando se ha habituado á verlos, y se espanta y horroriza á la simple aparición de los menos comunes, porque los considera como signos de la cólera celeste que acompañan ó preceden á grandes calamidades. La magnificencia y esplendor con que se extienden los primeros rayos del sol al elevarse magestuosamente este astro sobre el horizonte, apenas atraen las miradas de los que no piensan, y el mas ligero resplandor de una aurora boreal se representa á sus ojos como una lluvia de fuego que se desprende del cielo para anonadar el mundo.

En las regiones del Norte la aparición de las auroras boreales es común y frecuente. Los habitantes de aquellas comarcas, lejos de temerla, esperan con ansia su venida, lo mismo que pudiéramos esperar nosotros una luz que nos sirviese de guía en medio de la oscuridad y las tinieblas. ¡Ya ves cómo no ha salido nada en vano de las manos del Supremo Hacedor! Hasta lo que aparece á muchos como una señal de exterminio es un don precioso que anima y vivifica al hombre y embellece su existencia. ¡Cuántas maravillas revelan por do quiera el poder, sabiduría y bondad infinita de Dios!

En nuestra zona aparecen las auroras boreales de tarde en tarde, y con débil resplandor. En el Norte son frecuentes, casi permanentes con mas ó menos brillo durante la ausencia del sol, y es probable que si el hombre pudiese llegar al polo, acaso admiraría este fenómeno los seis meses que dura la noche.

El espectáculo de una aurora boreal cerca del polo es de los mas bellos é imponentes de la creación. Parece un mar de fuego que se extiende por el cielo, difundiendo por todas partes una luz rojiza, matizada de sombras y colores caprichosamente combinados. La púrpura, el rojo encendido, el color de sangre campean en la parte mas brillante del fenómeno; el verde esmeralda claro embellece el centro, y el blanco azulado ó amarillo pálido dibuja los contornos de las estrias oscuras y negruzcas.

A veces aparece la aurora bajo la forma de arco, cuyo borde inferior,

separado del horizonte por un segmento oscuro, está perfectamente determinado, mientras que el superior se pierde y se confunde en medio del resplandor que se derrama por el cielo. Otras veces se presenta en forma de rádios que parten del horizonte, dividiéndose y separándose á manera de girones que parecen agitados por el viento. En todos los casos forman figuras sorprendentes y caprichosas: ya representan un cortinaje de fuego, ya un pórtico ardiente, ya columnas y cintas de luz, ya franjas brillantes dibujadas por tintas negras; en fin, la aurora boreal es una maravilla que como otras tantas embellece la bóveda celeste.

—Admirable y sorprendente es por cierto una aurora boreal, dijo el niño. ¿Y cuál es la causa de este fenómeno?

—Se ignora todavía, replicó el padre. La influencia que ejercen las auroras boreales sobre la aguja imantada, tanto mayor cuanto mayor es la intensidad de la aurora, nos prueba que este fenómeno está íntimamente unido al magnetismo terrestre; pero esto no basta para resolver definitivamente la cuestión. Es todavía un secreto para la ciencia; pero acaso el descubrimiento de un simple hecho, que ahora pasará desapercibido, sea bastante para descorrer el velo que encubre la causa del fenómeno. ¡Mientras tanto adoremos los altos designios de la Providencia!

Así terminó la conversacion sobre la aurora boreal, y así terminamos nosotros este artículo.

C.

Recuerdos de un viaje á la India.

SEGUNDO PASEO.

Nuestros lectores recordarán sin duda á Aurelio y Faustino, que vivían con su papá en una hermosa quinta situada en las risueñas orillas del Guadalquivir. No habrán echado tampoco en olvido la oferta que se les hizo de contarles durante los paseos de la tarde algunas particularidades de un viaje á la India. Veamos, pues, lo que fue motivo de conversacion en un segundo paseo por los lindísimos jardines de la quinta.

—He terminado ayer mi narracion acerca de la India, dijo el caballero, refiriéndoos algunas particularidades de los sacerdotes budhistas.

—Sí señor, replicó Aurelio, y nos dejó con no poca curiosidad al referirnos el espectáculo que presentaban en las cercanías de Colombo.

—A mí me gustaria saber, dijo entonces Faustino, si la India es tan hermosa como nos dicen.

—Magnífico es sin duda el espectáculo que presentan la verdura siempre fresca de sus inmensas selvas, sus riquísimas producciones, sus arrozales eternos, la serena magestad de sus noches con su diáfano y purísimo cielo, decorado con las mas brillantes estrellas. Es imposible dejar de sentir un no sé qué extraordinario al presenciar tantas bellezas y grandiosidad; pero el clima de la India tiene inconvenientes terribles, y no os agradaría mucho vivir en aquel singular pais.

—¿Y qué cosas nos va V. á referir hoy de la India? dijeron los niños.
—Yo os aseguro que no nos faltará motivo de conversacion.

—Papá, dijo Aurelio, he oido hablar de unas gentes que se llaman *pá-ri-ás*. ¿Qué son los párias?

—Ayer me habeis hecho correr de Calcuta á Ceylan; y ahora que estábamos hablando del clima de la India, me preguntais por una de sus castas. No habrá forma de que sigamos un orden en este asunto.

—No se enfade V., papá, replicó Faustino: cuéntenos V. lo que quiera.

—Nada de eso. No estamos en una cátedra para hablar con un orden riguroso de las cosas. Esta no es mas que una conversacion amistosa, donde quiero permitirlos entera libertad. Os diré, pues, algo de esos pobres párias, ya que lo desea Aurelio.

—Gracias, papá.

—La sociedad indiana se halla dividida en castas, y esta division es el carácter mas singular y que mejor la distingue. Estas castas son cuatro, á saber: la *sacerdotal*, la *militar*, la *industrial* y la *servil* ó *esclava*.

La casta sacerdotal se llama la de los *Bracmas*, gefes de todo lo criado, y dueños de cuanto existe. El primer período de la vida del brama se pasa estudiando los libros sagrados llamados *vedas*. En su segundo período se casa, enseña los vedas, ofrece sacrificios, da limosnas y recibe los presentes de los fieles. El brama, en su tercer período, debe hacerse anacoreta y vivir en los bosques. Finalmente, el cuarto período solo se diferencia del tercero en que á los sacrificios que debe imponerse en aquel, sucede la vida contemplativa. A la casta militar, llamada de los *Katrias*, va naturalmente unido el poder, aunque sea en categoría inferior al brama: la obligacion del katria es defender el pais con las armas. La tercera casta se llama la de los *Veysias*: la agricultura, el comercio y la ganaderia son ocupaciones que están exclusivamente á su cuidado. Finalmente, la cuarta casta, llamada de los *Sudras*, tiene por exclusivo encargo emplearse en el servicio de las demás castas, y con especialidad de la de los bramas.

Segun las creencias indias, los bramas han salido de la cabeza del Criador; los katrias, de su brazo derecho; los veysias, de su vientre; y los sudras, de sus pies. Pero á pesar de la ley de Brama, los matrimonios han mezclado las castas, resultando otras intermedias. De aqui tienen origen los *Párias*, que son los mas despreciables de todos los indios. Es-

los desgraciados no tienen derecho á vivir en las ciudades: ocultos por el día en una miserable cabaña, salen por la noche para procurarse su sustento en los sepulcros, y se juzgan dichosos cuando pueden disputar á los perros y á los cuervos el cadáver de algun animal muerto.

—Bien decia Aurelio, dijo entonces el niño Faustino, que era curiosa la historia de esos pobres párias.

—Los indios de una casta desprecian siempre á la casta inferior. Así, la ambicion de un indio es poseer un vaso de metal para cocer su arroz, que come solo en un rincon sin cuidarse de los demas. Cuando hay muchos indios reunidos, se vuelven de espaldas para comer. Los ejércitos indios comen en vasijas de barro, que hacen pedazos así que concluyen, por manera que es muy frecuente en la India hallar montañas formadas por los fragmentos de estos utensilios.



—¿Y qué trage usan los indios? dijo en este momento Faustino.

—Hay en el trage indio alguna variedad, segun las localidades. Los observadores exactos de la fé braamana, usan por vestidos dos anchas piezas de tela blanca de algodón, una de las cuales se rolla á la cintura, pasa entre las piernas y cae por mas abajo de las rodillas; y la otra cubre su espalda y hasta se rolla en su cabeza. El indio se afeita el pelo y la barba, y solo se deja un largo mechón sobre la frente: algunos sin embargo se dejan bigotes. Los indios de Calcuta usan ya una especie de pantalon turco, ancho arriba y estrecho abajo, que llaman *pacjamá*; una tira ancha de muselina grosera, rollada á la cintura y alrededor del cuerpo, y hasta echada por encima del hombro izquierdo; una especie de capa de lana vasta que llaman *comli*, y un turbante. Su calzado son unas babuchas. Tambien gastan una especie de chupa de algodón bien forrada, de que se sirven

especialmente en invierno. El traje de las mugeres es casi igual al de los hombres, solo que los mantos son mas anchos y largos, y generalmente pintados.



—A propósito de las mugeres, dijo Aurelio. Me han dicho que la condicion de las mugeres indias era muy miserable, y que los hombres las miraban como seres impuros.

—Os contaré una especie de viaje que hice por las orillas del Ganges, acompañado de algunos indios, aunque escoltado tambien por soldados ingleses y por algunos *cipayás*.

—¿Y qué son esos *cipayás*? replicó Faustino.

—Los *cipayás* son unos soldados indígenas al servicio de la Inglaterra. Aunque sumisos y disciplinados, son sin embargo muy malos soldados: así es que cuando comienza el fuego caen á millares, como si fueran muñecos; pero en el momento que cesa la refriega, se levantan muy listos y sin la menor lesion.

—Pues es un gracioso modo de combatir, dijeron los dos niños, y no creo que estos soldados presten una gran utilidad á los ingleses.

—Si tal: los ingleses saben sacar partido de todo; y los *cipayás* si no son buenos soldados en el campo de batalla, sirven para las escoltas y guarniciones. Son tambien á veces un excelente baluarte.

—Pero papá, dijo entonces Aurelio; V. se va olvidando del viaje que hizo con todas esas gentes y del trato que daban á sus mugeres.

—Buena es esta digresion; y aun os advertiré que para viajar por la India con seguridad no bastan las escoltas; porque si los indios no son muy buenos soldados, son en cambio excelentes ladrones. Especialmente los Bheels sobresalen en este género de industria.

—Pues no se necesitan pocas precauciones para viajar por la India,

dijeron los dos niños. Pero ¿cómo es eso de hacerse escoltar por los ladrones para no ser robado?

—Os contaré una anécdota de que he sido testigo ocular. En uno de mis viajes por el territorio que habitan, y con noticias muy exactas de las precauciones que debía tomar, ajusté con algunos de ellos mi escolta y seguridad. Otro viajero, fiado en la vigilancia y destreza de sus criados y la mucha gente armada que llevaba, no quiso tomar igual precaución. Al tercer día de viaje levantamos cada uno nuestras tiendas de campaña. Yo fié completamente mi custodia y seguridad á los ladrones que me escoltaban; el otro viajero se acostó vestido, envuelto además en una especie de manta: dejó sobre las armas y todo alrededor de la tienda sus criados y cuanta gente armada le acompañaba. Ahora bien; al amanecer del día siguiente, mi compañero, á pesar de todas sus precauciones, apareció despojado hasta de sus propios vestidos, mientras que yo no había experimentado la mas leve falta.

—Pues son esas gentes unos ladrones singulares, exclamaron los niños.

—En la India, replicó el caballero, hay castas de ladrones, cuyos individuos consideran el robo como una función hereditaria. Generalmente cometen este delito desnudos, armados y frotados con aceite; por manera que si es peligroso detenerlos, no es menos difícil sujetarlos. Además, como por lo comun viven en las montañas, unen á su destreza mayor valor que el comun de los indios. Tienen además la buena cualidad de no robar al que ofrecen sus servicios, y de contentarse con el tributo voluntario que exigen á los que visitan su país.

—Ya sabia yo, dijo entonces Aurelio, lo mucho que nos había de distraer lo que V. nos contara de la India.....

—Pero hombre, replicó Faustino, déjale que nos diga lo que le ha pasado en ese viaje por las orillas del Ganges.

—Este río, queridos, que, como ya sabeis, consideran sagrado los indios, baja desde la pendiente meridional del Himalaya, y sigue un tortuoso curso hasta que entra en la provincia india de Bengala y forma el famoso Delta, cuyas aguas se dispersan en número infinito de brazos, presentando como un mar tempestuoso, sembrado de muchísimas islas. No hay en parte alguna de la India llanuras tan magníficas como en Bengala. Nada limita su horizonte y piérdese la vista sin detenerse jamás la mas pequeña ondulacion de su terreno. Fertilizado éste por las ricas aguas del Ganges, y herido por los rayos de un sol ardiente, produce una vegetación increíble, ostentando un mar de espigas y verdura. Al dejar á Bengala, nos dirigimos al norte del río, atravesando fértiles y encantados valles, y montañas pintorescas cubiertas de magníficas selvas. Pero á pesar de todas estas bellezas, á pesar de los gigantescos árboles que pueblan las orillas del Ganges, estas incursiones presentan peligros de toda especie

é incomodidades infinitas. El sol es tan ardiente algunas veces, que no es posible dejar el retiro durante el día. Todo fatiga, todo produce una agitacion febril, y hasta el mismo sueño es una continuada fatiga. La noche con toda su magnificencia y pureza, carece muchas veces del suficiente aire para poder respirar: en una ocasion tuve que aplicarme sanguijuelas en las sienes para que mi cabeza descansara.

Quando el calor no molesta en la India, terribles tempestades, lluvias torrentosas que vician el aire, producen fiebres y otras enfermedades peligrosas. Si el temperamento es bastante fuerte para resistir la accion deletérea del clima de la India, como á mí me ha sucedido, es imposible llevar con paciencia las incomodidades que proporcionan los muchos animales que rodean al hombre en aquellos países. Culebras, escorpiones, dragas, escorpiones, y otros reptiles no menos repugnantes que dañosos, inundan las habitaciones, y tienen al hombre en continua agitacion por temor á sus mordeduras. Quando el tiempo está caluroso suelen desaparecer estos enemigos; pero son reemplazados por los lagartos, las arañas, los mosquitos, y otra porcion de insectos que no nos fatigan menos. Mas de una vez he presenciado un combate de ratones hasta sobre mi propia mesa, y no pocas me apagaron la luz los murciélagos.

—Pues no estaria V. muy divertido, gritaron los niños: ya vemos que no es esa la tierra de promision que nos figurábamos.

—La India, queridos, es el país privilegiado de los animales. Durante todo mi viaje me ví acompañado de milanos, gaviñanes, y especialmente cuervos, que vuelan en grandes bandadas hasta por las calles de las ciudades. He visto algunos de estos últimos arrojar sobre las personas que llevaban carne y pan en la mano, y arrebatarlos con una singular insolencia. No es menos peligroso el pasearse á las orillas de los ríos, por qué se expone uno á ser presa de los caimanes y cocodrilos.

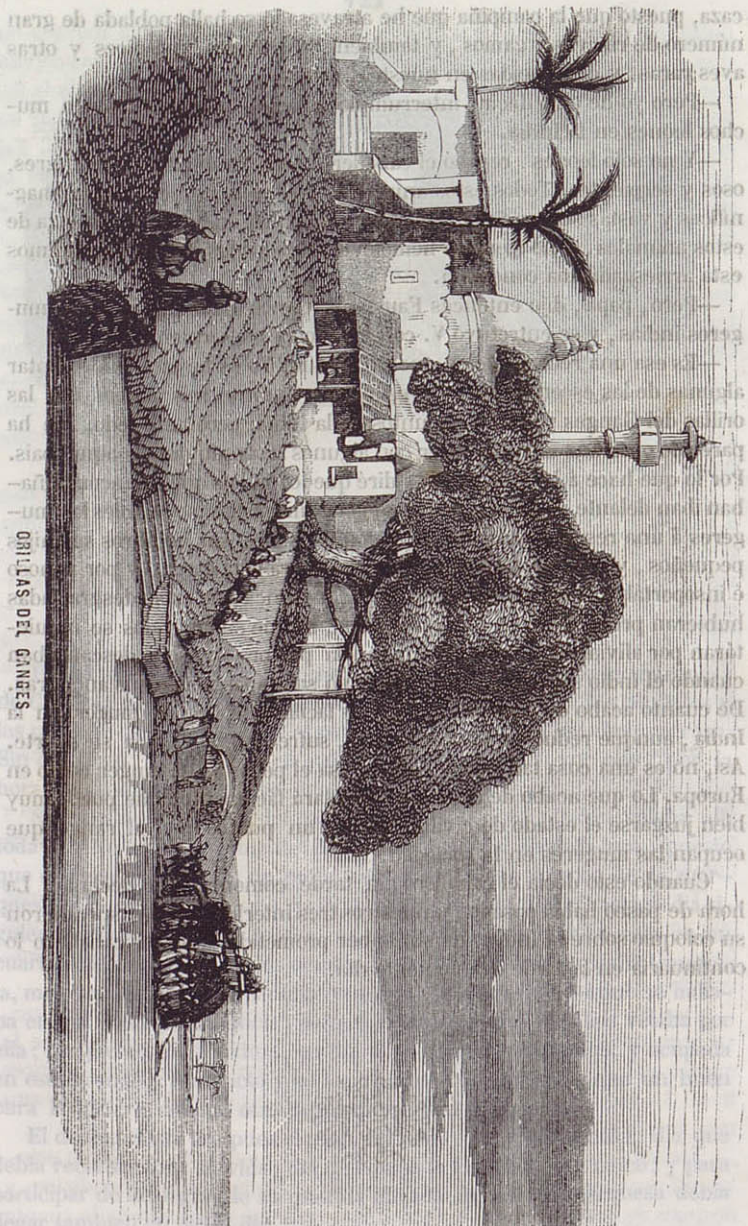
—Me parece, dijo entonces Aurelio, que si V. tuviera todas estas noticias, no hubiera emprendido con mucho gusto su viaje á la India.

—El hombre no debe arredrarse por ningun género de obstáculos cuando se trata de hacer bien á la humanidad, y de instruirse. Ya sabeis que ambos objetos me condujeron á la India; y la Providencia no solo ha velado por mí, sino que en medio de estas incomodidades me ha dispensado infinitos ratos de verdadera satisfacción.

—Ya preveia yo, dijo Faustino, la contestacion que mereceria la observacion de Aurelio; pero ya que V. tiene la bondad de contarnos todas esas cosas, no se detenga V., porque le aseguro que nunca estuve mas entretenido que en este momento.

Entonces el caballero invitó á los dos niños á que se sentaran bajo un emparado de naranjos, donde á la sazón se encontraban, y anudó su conversacion de esta manera:

—Durante mis incursiones me distrajo muchas veces el placer de la



caza, puesto que la campiña que he atravesado se halla poblada de gran número de ciervos y gamos, y tambien de becadás, perdices y otras aves raras, y desconcidas en nuestros países.

—Pero yo he oído decir, interrumpió Aurelio, que hay tambien muchos leones en la India.

—Y no solo leones, replicó el caballero, sino tambien javalíes, tigres, osos y serpientes. Todos estos animales viven generalmente en las magníficas y vastas selvas de la India. He asistido algunas veces á la caza de estos animales, y no siempre hemos vuelto todos los que emprendimos esta arriesgadísima conquista.

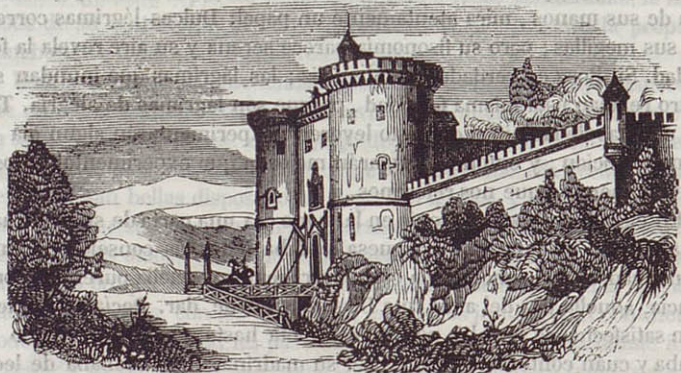
—Pero, papá, dijo entonces Faustino, V. nos iba á hablar de las mugeres indias, y se entretuvo V. con los osos y las serpientes.

—Es esa una reconvencion que no admito. Yo os he prometido pintar algunas de las escenas que he presenciado durante mis paseos por las orillas del Ganges y por otros puntos de la India; pero ante todo, me ha parecido oportuno dar á conocer con algunos rasgos lo que es aquel país. Por lo que hace á las mugeres, os diré que los indios que me acompañaban iban delante de las suyas armados de un baston; seguíanles las mugeres á una respetuosa distancia, llevando sobre sus hombros sus hijos pequeños, y el equipaje. Por pesada que fuera esta carga, y por penoso é insoportable el calor, no he presenciado nunca que estas desgraciadas hubieran prorumpido en la menor queja, ni que sus maridos se inquietaran por aliviarlas. Jamás las dirigian la palabra, y solo descansaban cuando el indio se detenía para fumar en sus pipas mas á sus anchuras. De cuanto acabo de deciros, deducireis fácilmente que la muger en la India, aunque reducida á la esclavitud, sufre con paciencia su suerte. Así, no es una cosa tan rara y vergonzosa el pegar á una muger como en Europa. Lo que acabo de deciros os revelará fácilmente, que puede muy bien juzgarse el estado de civilizacion de un pueblo por el rango que ocupan las mugeres en la sociedad.

Cuando esto decia el caballero, la tarde comenzaba á declinar. La hora de paseo habia pasado, y nuestros tres interlocutores suspendieron su coloquio sobre la India, no sin haber prometido antes el caballero lo continuaria en la tarde del siguiente día.

A.





LA PRIMERA COMUNION.

Era el día 28 de mayo: hacia un año día por día que la marquesa de C. había dejado su castillo; y los baules, las maletas, los paquetes y las cajas de carton obstruían el patio y anunciaban su próximo regreso. Sin embargo, todo estaba en calma y tranquilo. ¿Y por qué? por la hora avanzada en que esto sucedía.

Sólo en la extremidad del patio brillaba una luz. ¿Quién velaba allí todavía? No eran ciertamente el arrendador y la arrendadora, puesto que estaban sumidos en un profundo sueño, ni los criados de la marquesa ni la marquesa misma, puesto que no debían llegar hasta el día siguiente. ¿Quién era pues? Rosa, la joven Rosa que velaba sola en un cuartito bien separado de los demas. ¡Y no tenía miedo y estaba tranquila, muy tranquila, hasta parecía contenta! ¿Y por qué? porque se hallaba en paz con su conciencia; porque estaba segura que Dios velaba por ella; porque estaba próxima, en fin, á su primera comunión; y ocupada en este grande y sério acto y en las dulces exhortaciones que un buen cura la hiciera, ningun otro pensamiento la asaltaba.

El día siguiente era pues el gran día para esta piadosa niña, día que debía recordar toda su vida, día de completa felicidad, día único; y para participar de la alegría de su querida ahijada, la señora marquesa debía llegar tambien en aquel día.

¿Pero qué hacía Rosa á una hora tan avanzada de la noche? ¿Ora

quizá? Ora, sí, y sentada á lado de una mesa, con la cabeza apoyada en una de sus manos, mira atentamente un papel. Dulces lágrimas corren por sus mejillas; pero su fisonomía parece serena y su aire revela la felicidad. Si, Rosa es verdaderamente feliz; las lágrimas que inundan su rostro revelan esta misma felicidad, porque son lágrimas de alegría. Tal vez algunas de las niñas que esto leyeren, experimentarán algun dia la misma emocion; y entonees juzgarán mejor la que experimentaba Rosa en el momento á que nos referimos.

En efecto, el papel que tenia en la mano era una carta de su madrina, carta tierna, en la cual la marquesa le daba todos los consejos de una buena madre, y la exhortaba á conservar siempre aquella pureza de conciencia, aquella paz del alma que Dios solo puede dar. Decíala tambien cuán satisfecha se hallaba por su conducta hasta aquel dia, cuánto la amaba y cuán contenta estaba en ser su madrina. Rosa acababa de leer esta carta y por eso estaba tan conmovida, por eso las dulces lágrimas habian surcado sus mejillas.

Pero en aquel momento dejó la mesa en que se hallaba y se dispuso á acostarse. Dejemos á esta dichosa niña dirigir aun al cielo su última plegaria, dejémosla dormir tranquilamente y no turbemos los suaves ensueños de un alma inocente hasta la mañana del próximo dia..... ¡mañana, dia de gozo y felicidad!.... ¡mañana, el dia mas feliz de su vida!

¡Y cuán hermoso es en efecto el dia de la primera comunión! ¡Cuán feliz es la niña que por vez primera ocupa un lugar en el banquete de los ángeles! ¡Y qué noble altivez revela al rostro de la madre que conduce á su hija querida á tan delicioso banquete!

Ayer aun esta preciosa niña pasaba como desapercibida en la casa; hoy su presencia impone recogimiento y hasta respeto. Ayer, tímida niña, imploraba de rodillas la bendición de sus padres; hoy, virgen pura y radiante, parece les trae en cambio una porcion de las divinas gracias de que está inundada su alma.

Tocaba Rosa este momento de felicidad. El sonido de las campanas que anunciaban la augusta solemnidad, habianla despertado muy de mañana. Prosternada, escuchaba con religioso silencio estos sonidos precursores de la augusta ceremonia que le esperaba.

Cuando la marquesa entró para vestirla la encontró aun en este suave recogimiento. Dejóse la niña adornar por su buena madrina que la miraba con el orgullo de una madre. ¡Cuán hermosa parecia entonces Rosa! La serenidad de su alma, reflejada en su semblante, hacia aun mas atractiva su amable fisonomía.

Concluido su tocado, y luego que todos sus parientes y amigos estuvieron reunidos á su alrededor, luego que hubo recibido su bendición, y despues de levantar aun su alma á Dios, marchó acompañada de cuanto le era caro en el mundo. La elegante sencillez de sus vestidos, cuya

blancura igualaba la pureza de su alma, atraía todas las miradas; la modestia de su continente, la calma y dulzura de su fisonomía la proporcionaban por todas partes sinceros elogios.

Rosa, sin embargo, que había separado su vista del espejo, temerosa que un ligero sentimiento de orgullo viniese á alterar su inocencia, no oía tampoco estos elogios: el lenguaje de la tierra se le había hecho extraño, y solo comprendía el de los ángeles, que como ella residían en el cielo. Con tan bellas disposiciones llegó á la iglesia, y al arrodillarse delante del altar se creía aun en su cuartito. Solo cuando el *Veni, Creator*, resonó en sus oídos, y cuando todas sus compañeras la rodeaban, salió del éxtasis en que se hallaba. Pero el momento solemne había llegado: todas las vírgenes, con los ojos bajos, las manos juntas, y el continente modesto, se dirigían con un paso tímido hacia la santa mesa donde iban á recibir á su Dios. Rosa marchaba la primera; la primera tomó parte en el banquete sagrado; la primera se vió iniciada en las alegrías celestes.

Un profundo silencio sucedió á este solemne acto, terminado el cual, santos cánticos se alzaron en el templo y anunciaron á todos los asistentes que el Salvador del mundo había bajado aun otra vez á la tierra. Rosa acababa de recibir á su Dios.

Lo que entonces pasó por su alma no puede pintarse con el lenguaje de los hombres. Esta pura y dulce intimidad de la criatura con su Creador no se explica, se siente.

Todos debemos haber conocido esta sublime felicidad. ¡Desgraciado aquel que no haya sabido comprenderla! (Trad. de Mr. Ch.)



LA MADRE.

Nada iguala al cariño de una madre; y cuando esta es instruida y virtuosa, sus hijos han conseguido la herencia mas apetecible. Esta sin-

gular felicidad había cabido á la linda Emilia, niña de unos diez años, y á Carlos y Roberto, sus hermanitos. Todas las tardes, la madre de estas afortunadas criaturas, se complacía en enseñarles alguna cosa útil. Mientras los dos niños leían un cuentecillo moral que les había señalado su solícita mamá, esta daba á su hija una lección mas seria.

—Hija mía, le decía, habrás observado que hoy he reprendido al tío Anselmo, por la crueldad que ha demostrado dando muerte á aquel lindo pajarillo.

—Pues Roberto ha cogido el otro día un nido que se hallaba oculto bajo el follaje que hay cerca del muro de la huerta.



—Roberto hizo muy mal. Los animales que no son perjudiciales al hombre, no deben matarse. Esto prueba por lo menos un mal corazón. Los pajarillos no sufren menos las penas físicas que nosotros, y es una crueldad causárselas sin motivo. El niño cruel con los animales, está muy propenso á serlo con sus semejantes.

—Yo le dije, replicó Emilia, lo mal que hacia en privar á aquellos lindos pajarillos de la vida. No solo padecían ellos, sino sus padres, que eran otros pajarillos. No puede V. figurarse, mamá querida, cuánta lástima me daba verlos volar de rama en rama, indicando sobradamente con su arpada lengua lo mucho que sentían por verse privados de sus hijuelos.

—Y tenías razón, Emilia; ya ves cuán sensible me sería á mí el perderlos. Pues bien, los animales no sienten menos á sus hijos.

En esto, los dos niños dejaron la lectura, é interrumpieron á su mamá de esta manera.

—¿Con que V. no quiere que cojamos nidos?

—Yo no quiero que os ejerciteis en la escuela de la crueldad. El que se hace insensible con tales costumbres, va adquiriendo un hábito pernicioso, que tal vez le allana luego la senda del crimen.

Los niños ofrecieron entonces á su mamá no volver á causar el menor daño á los animales inocentes, y la linda Emilia continuó leyendo la poesía de Villegas que diera origen á esta digresion y comienza así:

Yo vi sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo;

Viendo su nido amado,
De quien era caudillo,

De un labrador robado; etc.

EJERCICIOS.

NIÑOS QUE HAN EJECUTADO LOS EJERCICIOS DE MARZO.
EXPLICACION DE LOS SEÑALADOS EN EL NÚMERO DE MARZO.

ANÁLISIS.

La extension de los artículos de este número no nos permite insertar el análisis. Hemos examinado sin embargo el que nos han remitido algunos de nuestros apreciables suscritores, y vemos con satisfaccion los conocimientos gramaticales que manifiestan, y el esmero y cuidado con que redactan este y los demas ejercicios. Nos felicitamos por los buenos resultados producidos por este medio de estímulo que hemos creido conveniente poner en juego, y esperamos que no dejarán de remitirnos los niños los trabajos de esta clase que ejecuten, aunque no publiquemos siempre la correccion, por no privarles de dos ó tres páginas de lectura.

PROBLEMA DE ARITMÉTICA.

SOLUCION.

La poblacion total del globo es 1,000.000.000 de habitantes.

GEOGRAFIA É HISTORIA.

La ciudad es Pavia, antigua capital del reino de los lombardos, situada á orillas del Tesino, en el Milanesado, gobierno perteneciente actualmente al imperio de Austria; en 1525, en que se dió la célebre batalla de Pavia, pertenecía esta ciudad á España; el rey vencedor fué Carlos I de España y V de Alemania, y el vencido Francisco I de Francia; la corte adonde este fué conducido prisionero, Madrid.

NIÑOS QUE EJECUTARON LOS EJERCICIOS CORRESPONDIENTES A FEBRERO, Y DEJARON DE PUBLICARSE SUS NOMBRES (1).

Por extravío de los ejercicios : D. Francisco de Lizaso y Ascarate, de Tudela ; D. Juan Martin, de Salamanca.

Por haberse recibido tarde : D. José Santiago y Ortiz, de Martos; don Juan Francisco Rodriguez Cao, de Betanzos; D. Francisco Gasó, de Montroig; D. Victoriano Gra, de Bárcena; D. Ramon Martinez, de Olleros; D. Antonio Rodriguez, de Laniello; D. Francisco Gonzalez Cuervo, de San Pedro; D. Angel María Iglesia y D. Antonio Gomez, de Oviedo; don Francisco Guillen Barrocal y D. Salustiano Diaz Cantero, de Zafra.

NIÑOS QUE HAN EJECUTADO LOS EJERCICIOS DE MARZO.

ANALISIS.

D. Miguel Carreras y Mauri, de Barcelona; D. Baltasar Llorens y Buxó y D. Mártir Maury y Baster, de San Feliu de Guixols; D. Gustios Hernandez de Padilla, de Orihuela; D. Pedro Ferrer y Coll, de Palafrugell; D. Félix Murillo, de Egea de los Caballeros; D. Antonio Basilio Pozo, don Diego Sanchez Jurado, D. Juan José Rueda, D. Gabriel María Torrico, D. Antonio Luque y Alfaro, de Hinojosa; D. José Orellana Espejo y don Pedro Gallardo Delgado, de la Alameda.

ARITMÉTICA.

D. José Pompido, D. Ernesto Gibert y D. Isidro Maymí, de Barcelona; D. Martin Rius y B., de Tarragona; D. Cayetano Sabater, de Reus; Don Juan Cardenal, D. Vicente Hernan-Sanz, D. Miguel Costo, D. Felipe Ignacio, D. Alfonso Peñaranda y Rojas, D. Diego Sanchez y D. Eustaquio Pedrero, de San Vicente de Alcántara; D. José Lloret y Velanorz, de Calonge; D. Gumersindo Martin, de Ventas con Peña Aguilera; D. José Sutermy y Compan; de Caravaca; D. Felipe Cuevas, de Huete; D. Fermin Rayon, de Bárcena; D. Genaro Perez, de San Andrés; D. Francisco Gonzalez Cuervo, de San Pedro; D. Antonio Rodriguez, de Laniello; D. Juan Brusi, de San Feliu de Guixols; D. Valentin Gonzalez, de Almadenejos; D. Lorenzo Alvarez, D. Cándido Miguel, D. Julian Nieto, D. José Otero y Don Manuel Rodriguez, de San Roman de los Montes; D. Antonio Sierra, Don Juan Sierra Baqueriza, D. Gregorio Herrero, D. Juan Muñoz, D. Juan Sierra Herrero, D. Miguel Gordo, D. Mariano Herrero, D. Esteban Gordo y D. Elias Sierra, de Galve; D. Domingo Martin, de Villaluenga; D. Er-

(1) En lo sucesivo solo se publicarán los nombres de los niños, cuyos ejercicios se reciban en la Redaccion antes del 25 de cada mes.

nesto Agustín Gisbert, de Orihuela; D. José Álvarez Martín, de Laroles; D. Narciso Ballesteros Oliver, de Orihuela; D. Leopoldo y D. Gerónimo Berdones, D. Saturio Sánchez y D. Francisco Garces, de Soria; D. Juan Rodríguez, D. Máximo García, D. José Triguero, D. Domingo Peña, Don Blas Arias, D. Deogracias Ramírez, D. Cándido Luis, D. Diego Ordoñez, D. Fernando Ramírez, D. Julian Rodríguez, D. Gregorio Delgado, Don Faustino Lastras, D. Juan Sepúlveda, D. Regino Arias, D. Manuel Hueva, D. Julian Magneda, D. Pedro Segovia, de San Martín de Valde iglesias; D. José Sutermy, de Caravaca.

SUSCRITORAS.

Doña Vicenta de Torres, de Pedrera.

GEOGRAFÍA É HISTORIA.

D. Isidoro Hernández, de Huete; D. Juan Martín, D. José Rodríguez y D. Cándido Rodríguez, de Salamanca.

ANÁLISIS Y ARITMÉTICA.

D. Simón Vila y Roure, de Calonge; D. Isidoro Hernández, de Cuevas; D. Victoriano Pertierra, de Bárcena; D. Ramon Martínez, de Olleiros; D. Eduardo Gutiérrez y D. Enrique Medrano, de Mota del Marqués; D. Ventura Rizardos, de Villaluenga; D. Serapio Martínez Hortal, de Zujar; D. Juan Pablo Vicente, D. Ramon Sanz, D. Pedro Hernández, Don Manuel Mañano y D. Tomás Díez, de Daroca; D. José Cortés y Aguilar, de Mediana; D. Marcelino Viced, de Teruel.

ANÁLISIS Y GEOGRAFÍA É HISTORIA.

D. Emilio Aparicio y Cámara, D. José Navarro y Alvarado, D. Francisco Calzadilla y Aparicio, D. Juan Antonio Ledesma, D. Joaquín Barbero Murillo, de Hinojosa.

ARITMÉTICA Y GEOGRAFÍA É HISTORIA.

Don Francisco Vila y D. Ignacio Carreras, de Barcelona; D. Manrique de Melendez, de Lugo; D. Secundino González, D. Joaquín Moreno, Don Alejandro Tamarino, D. Alonso Ripado, D. Joaquín Sama, D. Juan Roma Cantero, D. Jacinto Rebollo Gundín y D. Narciso Bejarano, de San Vicente de Alcántara; D. Antonio Casas y Arver, D. Mártir Baster y Llagostera y D. Juan Esteve y Arver, de San Feliu de Guixols; D. José Fernández, D. Juan Antonio Breña y D. Victoriano Lozano, de Navalnoral de la Mota; D. Antonio Cava y González, de Alcúescar; D. Tomás Bueno, de Mata del Marqués; D. José Puig y Concepción y D. Pedro Pi y Puig, de Palafrugell; D. Sebastian Pérez Tello, de Zujar; D. Castor Refojo, D. Gregorio Carballal, D. Ramon Romero, D. Nicolás Moreno, D. Máximo Gar-

cía, D. Manuel Manso y D. Julian Delgado, de Verin; D. Miguel Gallardo, de Almuñécar; D. Juan Rodríguez Malia, D. Valeriano Rodríguez, Don Pedro Gomez, D. José Alvarez, D. Inocencio Sanchez, D. Carlos Tellez, D. Gustavo Ronmeus, D. Diego Martin, D. Vicente Olleros, D. Ramon Ponzols, D. Fermin Cerrudo, de Bejar; D. Casiano Perez Batallon y Don Eugenio Neira y Salance, de Sarria.

TODOS LOS EJERCICIOS.

Don Francisco de Lizaso y Ascarate, de Tudela; D. Ignacio Carreras, de Barcelona; D. Juan Guasch, D. Juan Agrás, D. Andrés Llauredó, y D. Jaime Franquet, de Reus; D. Braulio Lobo, de Mota del Marqués; Don Narciso Dalman Maseras y D. Joaquin Pujol Piyals, de Montroig; D. Salvio Jofra y Tina, D. Anton Genis y Jauma, D. José Genis, D. José Pi y Ralló, de Palafrugell; D. José Montero y D. Nicolás Maria Berrio, de Villaluenga, D. Agustin Sardá Clavería, de Montroig; D. Nazario Rodriguez, D. Alejandro Dionisio, D. German Fuentes, D. Primitivo Taboada, y D. Ricardo Oterino, de Verin; D. Marcelino A. Vidal y Seijas Prado, de Sarria; D. Joaquin Barco, D. José Casanova, D. Francisco Sandoval y D. Enrique Bastida, de Almuñécar; D. José Bolivar y Ruiseco, de Castroudiales; D. Pedro Pallise, de Reus; D. Antonio Perez Rioja, D. Paulino Mateo Moreno y D. Félix Gomez, de Soria; D. Francisco Gustos y Serra, de Montroig.

EJERCICIOS PARA EL MES DE ABRIL.

Análisis gramatical y lógico.

Para y óyeme ¡oh sol! yo te saludo

Y estático ante tí me atrevo a hablarte;

Ardiente como tú mi fantasía,

Arrebatada en ansia de admirarte;

Intrepidas a tí sus alas guía.

(Espronceda.)

ARITMÉTICA.

Dividir 749 rs. en tres partes, tales que la primera sea a la segunda como $\frac{1}{4}$ a $\frac{1}{2}$, y que la segunda sea a la tercera, como $\frac{1}{2}$ a $\frac{1}{3}$.

SUMARIO DE ESTE NUMERO.

Cristóbal Colon ó el descubrimiento del nuevo mundo.—La aurora bo-
real.—Recuerdos de un viaje a la India.—La primera comunión.—Lec-
cion moral de una madre a sus hijos sobre la crueldad para con los
animales.—Ejercicios.

Madrid: 1851.—Imp. de A. Vicente. Lavapiés, 10.